

La *alianza de civilizaciones* es una propuesta para evitar que se levante un muro de odio e incomprensión entre Occidente y el mundo árabe y musulmán y pretende contribuir a acabar con las causas que están detrás del terrorismo islamista. Se trata de una iniciativa realizada por el presidente del gobierno de España, José Luis Rodríguez Zapatero.

Desde los atentados contra la Torres Gemelas de Nueva York el 11 de septiembre de 2001 que causaron miles de víctimas y damnificados inocentes, radicales islamistas han perpetrado atentados terroristas, que han segado las vidas de ciudadanos y ciudadanas de países de los cinco continentes. En este nuevo contexto político y de inseguridad, el presidente español José Luis Rodríguez Zapatero propuso, ante la 59.ª Sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas, la iniciativa conocida como *alianza de civilizaciones* el 21 de septiembre de 2004. En su discurso, dejó claro que «el terrorismo no tiene ninguna justificación [...] pero que se puede y se deben conocer sus raíces; se puede y debe pensar racionalmente cómo se produce, cómo crece, para combatirlo racionalmente», y afirmó que se debe combatir siempre cumpliendo las leyes nacionales e interna-

cionales con respeto a los derechos humanos y a las Naciones Unidas.

Esta iniciativa pretende que ciudadanos de todo el mundo se unan para anteponer su **ciudadanía universal** a su condición de ciudadanos de un país, de una religión o de una civilización. La *alianza de civilizaciones* ha recibido el apoyo de más de treinta países entre los que se encuentran los de la Comunidad Iberoamericana de Naciones que, a propuesta de Argentina, realizaron un comunicado especial en su Cumbre de San José de Costa Rica en otoño de 2004, y los de la Liga Árabe, a los que el presidente español se dirigió en la Cumbre de Argel de 22 de marzo de 2005, cuando esta organización celebró su 60.º aniversario.

Turquía, un país en el que conviven musulmanes, laicos y personas de otros credos, y de alianzas políticas múltiples y complejas, decidió copatrocinar la iniciativa a través de su primer ministro, Recep Tayyip Erdogan. Erdogan y Rodríguez Zapatero se dirigieron al secretario general de las Naciones Unidas, Kofi Annan, para que éste pudiera designar un *grupo de alto nivel*, que encauzara la propuesta. Kofi Annan asumió la iniciativa y realizó además un llamamiento a la comunidad internacional para que se sumara al pro-

yecto el 14 de julio de 2005. El *grupo de alto nivel* deberá elaborar un informe con recomendaciones para llevar a cabo esta alianza entre pueblos y naciones y diseñar un plan de acción que será presentado en Madrid a finales de 2006. España y Turquía anunciaron que seguirán copatrocinando la iniciativa.

La *alianza de civilizaciones* no sólo pretende ser un marco para acabar con las causas que están detrás del terrorismo, sino que también se presenta como un puente entre culturas que contribuya a crear un clima de tolerancia, entendimiento, comprensión y diálogo en el contexto de la democracia y el respeto a los derechos humanos. También pretende contribuir a superar la actual amenaza a la paz mundial que se expresa a través del terrorismo.

Algunos observadores y analistas no han dado mucha importancia a esta iniciativa, que ha sido calificada de bienintencionada, pero también de poco factible. Otros aun la ignoran por completo, porque tanto las intervenciones del presidente español como el llamamiento de Kofi Annan no consiguieron tener gran resonancia en los grandes medios de comunicación. La construcción de la paz requiere de grandes esfuerzos que a me-

nudo pasan desapercibidos en el grueso de la sociedad y de sus medios de comunicación. Un ejemplo de que el diálogo es posible entre Occidente y el mundo árabe es el denominado *proceso de Barcelona*, que en el 2005 cumplió diez años, que reúne a jefes de estado y de gobierno de las dos riberas del Mediterráneo y cuyo proceso continuado de diálogo ha sido bien valorado por todos, ya que asegura la paz y la convivencia.

Ciertamente, la *alianza de civilizaciones* será una iniciativa que no tendrá una existencia y éxito fáciles, pero el gran valor que posee son las ideas que la sustentan. Por un lado, reconoce que el mundo está compuesto por culturas, civilizaciones diferentes, que son interdependientes, y también que la humanidad debe apostar por su convivencia, abogando por la paz y la seguridad mundiales, elementos esenciales y fundacionales de la ONU. Por otro, no hace ni una sola concesión al terrorismo, que considera injustificable. Es importante tener en cuenta que esta iniciativa surge de un país, España, que desde hace treinta años está siendo azotado por el fenómeno del terrorismo.

La pregunta en este Informe de la GUNI es si puede contribuir la universidad a los objetivos que se plantea alcanzar la *alianza de civilizaciones*. La sociedad tradicionalmente le ha encargado a la universidad la resolución de sus grandes problemas y también la realización y concreción de oportunidades a través de la investigación punta en cada momento, así como mediante la educación de las futuras generaciones. Puede ser cierto que a veces la universidad no ha acertado a dar las respuestas más adecuadas o no ha estado a la altura de las circunstancias, pero es la institución social mejor preparada y equipada para hacerlo. La mayoría de los grandes (y también pequeños) descubrimientos, inventos e innovaciones se han realizado en la universidad, han contribuido de manera positiva a mejorar el bienestar de las personas y han redundado en la mejora de la esperanza de

vida. La universidad también forma a los dirigentes de las sociedades.

La educación superior debe entenderse como un servicio público de calidad, que garantice el acceso por mérito y tenga un fuerte compromiso social. En el mundo en que nos ha tocado vivir, la universidad entendida como una torre de marfil ya no es viable, porque la sociedad no la acepta y porque este modelo traiciona la misión original y la razón de ser de la universidad. Las actividades de la universidad deben ahora ser pertinentes con el entorno. La universidad está además cada vez más obligada a rendir cuentas, no sólo de los recursos financieros que emplea y cómo los emplea, sino de las razones por las que ofrece una docencia determinada o avanza en líneas de investigación específicas.

La universidad se dedica fundamentalmente a crear nuevo conocimiento, mediante la investigación teórica y aplicada, y a difundir este conocimiento a través de la docencia dedicada a nuevas generaciones de ciudadanos, no sólo ya de una sola vez, sino que cada vez más lo ofrece a lo largo de toda la vida de los estudiantes. La educación universitaria no es sólo una etapa en la vida de las personas que acceden a ella en la que se adquieren conocimientos, técnicas y habilidades, sino que la sociedad espera de la universidad que transfiera nuevos valores a los futuros líderes de ésta. A menudo estos valores están implícitos en los conocimientos, técnicas y habilidades que enseñamos a las futuras generaciones. A veces, en algunas universidades y en algunas carreras son totalmente explícitos. Es por ello que la universidad sí puede contribuir a que el mundo sea mejor desde el entendimiento de las culturas y civilizaciones.

El reto de la paz mundial y el entendimiento mutuo y la interdependencia de civilizaciones es gigantesco, pero la universidad ha contribuido de manera reiterada a que las sociedades asumieran retos gigantescos en el pasado, como acabar con enfermedades que diezaban a poblaciones enteras. Nuestra propia evolución como

miembros de las civilizaciones que viven en este mundo nos conduce a que la universidad tenga que afrontar de manera reiterada retos nuevos cada día. La universidad ha tenido que ser flexible y adaptarse a los nuevos retos de manera constante. Hace sólo veinte años no se estudiaba medio ambiente o desarrollo sostenible. Hoy muchas universidades lo imparten en los niveles de grado, de posgrado, o incluso han transversalizado el tema en la docencia de materias como las ingenierías, la arquitectura, etc. ¿No es posible transversalizar algo tan fundamental que, de lograrse, mejoraría el bienestar de la humanidad?

El panorama de la educación superior en el mundo es muy diverso, pero hoy hay más de 110 millones de personas que la están cursando en miles de instituciones. La expansión de la matrícula crece a pasos agigantados, por lo que cada vez mayores sectores de la población tienen acceso a ella, especialmente en países en vías de desarrollo. Esto significa que mayores segmentos de la población pueden adquirir valores en su educación en el ámbito universitario. Los países europeos están construyendo un Espacio Europeo de Educación Superior (EEES) conocido como el Proceso de Bolonia, a partir del cual se pretende asegurar una homologación de las titulaciones y la libre circulación de estudiantes y profesores. En el contexto de la revisión de los planes de estudios de los países que forman el EEES no se debería perder la oportunidad de invertir esfuerzos para que las nuevas generaciones puedan hacer realidad la convivencia entre las civilizaciones del mundo.

La universidad debe, de nuevo, anticiparse a su tiempo, con los instrumentos que siempre ha tenido: la capacidad de generar conocimiento, que ayude a comprender la vida y cómo avanzar en ella, y de difundirlo, para que pueda ser usado por la sociedad, sin olvidar los valores que se requieren para la construcción de una nueva sociedad más armónica, sostenible y en paz.

## NOTA

1 Este recuadro ha sido elaborado a partir de los discursos del Presidente de España, José Luis Rodríguez Zapatero, ante la 59.ª Sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas y ante la Cumbre de la Liga de los Estados Árabes, el artículo de Máximo Cajal (2005): «Alianza de civilizaciones», en *El País*, de 4-7-2005 y varias noticias aparecidas en los periódicos españoles *El País* y *La Vanguardia*.